



MANUEL LEÓN

EL
SILENCIO
DE LOS
REYES

Platero
COOLBOOKS 

Título: El silencio de los reyes

Primera edición: octubre, 2025

© 2025, del texto Manuel León.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 2731-2025

ISBN: 979-13-87720-42-1

A mis padres, Alfonso y Rosario, que entregaron su vida a nuestra formación, trabajando sin descanso, sin horarios, con la paciencia silenciosa de quienes saben que cada esfuerzo abre un camino. Gracias por enseñarme, con palabras sencillas, que la vida se construye con constancia, amor y entrega.

A mi mujer, Che, y a mis hijos, Reyes y Alfonso: sois mi refugio y mi alegría, lo mejor que me ha podido pasar. Con vosotros, todo resulta más llevadero y la vida mucho más plena. Juntos hemos aprendido que la verdadera fuerza nace de la unidad familiar y la confianza mutua, incluso cuando todo alrededor parece desmoronarse.

A mis hermanos y amigos, compañeros de risas, silencios y retos: gracias por caminar a mi lado, por sostenerme en los momentos inciertos y celebrar conmigo los pequeños y grandes triunfos. Vuestra cercanía hace que cada paso de este viaje haya tenido sentido.



Índice

Prólogo.....	9
Capítulo 1 La Cabeza del Rey	11
Capítulo 2 El susurro del pasado.....	15
Capítulo 3 Marta Gómez, la periodista indomable.....	17
Capítulo 4 La amenaza.....	19
Capítulo 5 Alfonso Sotillo, el explorador de lo invisible ...	25
Capítulo 6 El sello del cordero y la espada.....	27
Capítulo 7 Punto de inflexión.....	31
Capítulo 8 La Casa de Pilatos, un palacio entre	35
Capítulo 9 Pedro I de Castilla (1334 - 1369), el rey	49
Capítulo 10 María Coronel (1334 - 1411), el rostro.....	51
Capítulo 11 El secreto del confesor	53
Capítulo 12 Los orígenes del silencio	57
Capítulo 13 El rey que quiso cruzar el océano	63
Capítulo 14 La muerte del justiciero.....	71
Capítulo 15 El Archivo de Indias: guardián de la.....	81
Capítulo 16 El archivo prohibido	87
Capítulo 17 María Coronel y el último vestigio	91

Capítulo 18 La guardiana del archivo	97
Capítulo 19 Lo que Pedro I sabía.....	111
Capítulo 20 Reyes León, entre la historia y el silencio	117
Capítulo 21 Investigación en el Alcázar de Sevilla.....	119
Capítulo 22 Sor María.....	129
Capítulo 23 Reyes no es quien creíamos	131
Capítulo 24 La Orden del Silencio: la hermandad.....	135
Capítulo 25 El librero.....	143
Capítulo 26 Marta y Alfonso caen en la trampa.....	149
Capítulo 27 Regreso a Sevilla.....	177
Capítulo 28 El pacto y un descubrimiento.....	203
Capítulo 29 Monasterio de San Jerónimo	211
Capítulo 30 El pacto del Nuevo Mundo	219
Capítulo 31 La sombra de un legado	223
Capítulo 32 El viaje hacia el Nuevo Mundo.....	239
Capítulo 33 El silencio se rompe	243
Capítulo 34 El concilio del silencio.....	257
Capítulo 35 La tierra prometida	263
Capítulo 36 Las voces del silencio	271
EPÍLOGO	293

Prólogo

Hay ciudades que se levantaron con piedra y cal, otras con humo, hierro y prisas. Pero Sevilla... Sevilla está hecha de recuerdos. De ecos que no se han apagado y de ausencias que aún pasean por sus calles. Cada rincón guarda algo que no se cuenta y sombras que parecen tener memoria propia.

Siempre se dice que la historia la escriben los que ganan. Aquí no fue así. Aquí fue el silencio el que puso el punto final.

Durante siglos, hubo una orden —sin nombre y sin rostro— encargada de mantener oculto lo que nunca debió salir a la luz. Eran guardianes de documentos que no figuraban en ningún archivo. Protegían símbolos escondidos entre columnas mudéjares y libros incompletos. Tejieron una red para tapar un pasado incómodo. Peligroso incluso. Y, durante siglos, lo consiguieron. Las estatuas se movieron de sitio, los nombres desaparecieron de los registros, y el tiempo fue dejando caer polvo sobre todo aquello.

Pero incluso el tiempo se cansa de callar.

Y ahora, en esta ciudad de sol abrasador y patios en penumbra, algo empieza a cambiar. Una pista en una iglesia que ya nadie mira. Un grabado olvidado. Una voz que se atreve a romper el silencio desde dentro de un convento. Y en medio de todo, una periodista que no buscaba ser protagonista, pero que no puede ignorar lo que ha empezado a ver. Porque hay preguntas que llevan demasiado tiempo

esperando una respuesta.

Porque hay verdades que no se pueden enterrar para siempre.

Y cuando el silencio de los reyes se rompe, hasta las piedras encuentran la forma de hablar.

Capítulo 1

La Cabeza del Rey

Sevilla, hoy

La tarde caía con lentitud sobre Sevilla. El sol, ya bajo, teñía de oro viejo las fachadas encaladas del casco histórico. Marta Gómez, periodista de investigación de un diario nacional, caminaba a paso rápido, tenía que hacer un recado antes de ir a su casa y cogió otro camino. Callejeó por las estrechas calles del barrio de Santa Cruz, con la mente aún agitada tras una larga jornada. Aquel viernes había sido uno más, anodino y cargado de burocracia... hasta que giró por la estrecha calle Cabeza del Rey Don Pedro.

Una discusión acalorada llamó su atención. A lo lejos, tres hombres forcejeaban y gritaban, uno de ellos empuñaba algo que brillaba fugazmente al sol, una botella.

La periodista se quedó paralizada, pegada a la pared bajo una antigua hornacina empotrada en la fachada. Levantó la mirada, la imagen del rey don Pedro I la observaba con su pétrea severidad. No tuvo tiempo de reaccionar.

—¡Cuidado! —gritó alguien.

La botella voló por el aire y se estrelló justo contra la hornacina. El estruendo de vidrio al romperse se mezcló con el crujido de algo más antiguo. Fragmentos de piedra y cristal llovieron sobre Marta. Instintivamente se cubrió la

cabeza con los brazos. Los agresores huyeron antes de que alguien pudiera detenerlos.

Pocos minutos después, la policía llegaba al lugar de los hechos, no había heridos y los causantes del alboroto habían huido. La policía preguntó a la joven si estaba herida, ella les respondió que estaba bien. Permanecía quieta, observando el destrozo, aún sacudida. Fue entonces cuando algo le llamó la atención. La efigie... no era como la recordaba.

Se aproximó con cautela, dejando que sus pasos se ralentizaran de forma instintiva. Se agachó frente al pedestal dañado y deslizó los dedos sobre uno de los fragmentos. El material no tenía la solidez del mármol antiguo, sino la fragilidad del yeso mal curado.

Aquella imagen no coincidía con la que guardaba en su memoria. No era una diferencia menor; era una disonancia que le despertó una alerta profunda, como si una pieza oculta del pasado hubiese empezado a agitarse.

Se incorporó lentamente. Ya no era solo curiosidad. Era intuición. Y no una cualquiera: era esa que tantas veces la había guiado cuando una historia merecía ser contada.

—¿Dónde está la verdadera efigie? —se preguntó en voz baja.

Esa noche, ya en casa, su mente no dejaba de dar vueltas. Abrió el portátil, tecleó: «efigie original de Pedro I» y, entre los primeros resultados, apareció una imagen nítida.

La efigie estaba ubicada en un rincón discreto del Patio de las Muñecas, en la Casa de Pilatos. Era una figura medieval, de mármol... aunque no se parecía en nada a la que ella había visto en la hornacina.

Intrigada, Marta cerró el portátil. Algo en su interior se había activado. Tal vez era su instinto periodístico. O, tal vez, era la sensación de que aquel fragmento caído de piedra podía ser motivo para alguno de sus artículos.

Al día siguiente, iría a comprobarlo en persona.

El sol golpeaba con fuerza los patios interiores de la Casa de Pilatos. Caminaba sin rumbo fijo por las galerías mudéjares fingiendo ser una turista más. Su búsqueda era concreta, pero nadie parecía tener respuestas claras sobre aquella efigie retirada años atrás de la calle Cabeza del Rey Don Pedro.

Después de preguntar sin éxito a varios guías, un operario mayor, tras pensarlo un instante, le indicó con un gesto:

—Detrás del segundo patio, al fondo a la izquierda, ahí guardan piezas viejas. Si hay algo, estará allí, pero es una zona sin acceso público. Pregunte en recepción.

Marta fue a ese patio sin pedir permiso, cruzó por una pequeña verja metálica y se adentró en un jardín casi olvidado. La vegetación crecía sin control y la humedad perfumaba el aire con un aroma denso y terroso. Entre maleza y sombras, algo sobresalía de un rincón.

Allí, medio oculta, bajo hojas secas, barro y telarañas, descubrió una pieza de piedra. No era una estatua completa. Era solo la cabeza de un hombre coronado, tallada con rudeza medieval, parte del busto y una base ornamentada con bordes desgastados. La expresión del rostro petrificado era severa, profunda, como si quisiera hablar y no pudiera.

—Pedro I... —susurró Marta, reconociendo el perfil regio del rey al que llamaban el Cruel y también el Justiciero.

Tomó una manguera cercana y con delicadeza limpió el barro y el polvo. El agua resbaló entre los surcos de la piedra, revelando más detalles, el contorno del cuello, parte de una capa sobre el hombro izquierdo, y una base esculpida con un diseño extraño, asimétrico.

Sacó su móvil y fotografió la pieza desde todos los ángulos. También usó su cámara réflex, cuidando la luz, el enfoque, los detalles. Luego se sentó un instante frente a la efigie, intrigada por el abandono. ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué nunca fue restaurada? ¿Estaba apartada o... escondida?



Capítulo 2

El susurro del pasado

Ya en su despacho, horas más tarde, descargó las imágenes al ordenador y comenzó a revisarlas. La piedra, ampliada en la pantalla, revelaba marcas apenas visibles en la base. No eran letras ni signos evidentes, eran trazos... finos, muchos de ellos casi microscópicos.

Jugando con el contraste y la luz, Marta logró hacerlos destacar. Vio algo parecido a una cruz de doble travesaño, una espada que parecía atravesar algo redondo —¿un corazón?—, y otras formas más abstractas, similares a coronas, a calaveras, incluso a lo que parecían ser pequeñas figuras humanas arrodilladas.

No era imaginación. Allí podría haber un mensaje. Oculto. Quizás una advertencia. Quizás un código.

Tomó papel y lápiz. Comenzó a trazar a mano los símbolos uno a uno. Notó que estaban colocados de forma circular, como una especie de rueda o sello antiguo.

—Esto no son daños por el tiempo. Esto fue grabado a propósito —murmuró.

Y entonces una idea cruzó su mente como un relámpago: ¿y si esta piedra —abandonada y olvidada— fue tallada para transmitir algo prohibido? ¿O una vez tallada fue utilizada para transmitir un mensaje del personaje?

Siguió analizando la efigie. Una imagen era nítida, un

corazón atravesado por una daga tallado en la base de la efigie. Justo al lado, las iniciales «MC», tan finas que apenas se percibían al ojo desnudo, emergían con mayor claridad en la fotografía ampliada. Marta quedó pensativa. Aquellas letras no eran casuales. Un nombre acudió a su mente casi de inmediato: María Coronel, la mujer que desafió a Pedro I... o que lo amó en silencio, según contaban algunas versiones.

Sintió un cosquilleo recorrerle la espalda. Había leído antes sobre María Coronel, su belleza, su resistencia, su leyenda... pero nunca la había vinculado tan directamente a la figura del rey.

La calma del despacho se volvió densa. Afuera anochecía. Marta sintió que, con solo mirar aquella cabeza de piedra, había abierto una puerta. Una puerta que llevaba a un pasado que aún palpitaba bajo las calles de Sevilla.

Y sentía que debía caminar hacia él.

Con la emoción aún fresca, decidió redactar un pequeño artículo para el periódico donde colaboraba. No buscaba sensacionalismo, solo rescatar una figura olvidada y el rastro que había quedado enterrado en piedra.

Publicó una nota breve bajo el título: «La verdadera efigie del rey Pedro I», en la que narraba el hallazgo, la localización de la pieza, y hacía una mención especial a la figura de María Coronel, insinuando la presencia de símbolos crípticos en la base de la escultura. El artículo, publicado sin grandes expectativas, empezó a circular más de lo habitual.

En los días siguientes, continuó con varias notas más, abordando aspectos históricos del rey Pedro I, su reinado, su enfrentamiento con su hermanastro Enrique de Trastámara y, sobre todo, su compleja y ambigua relación con María Coronel. La audiencia respondió con entusiasmo. Algunos lectores enviaban mensajes con datos históricos, otros compartían teorías o preguntas. Marta pensó que sería una breve fiebre, pero con cada publicación, más y más ojos se centraban en la figura del rey maldito.

Capítulo 3

Marta Gómez, la periodista indomable

Marta Gómez era una periodista sevillana en la treintena, de carácter firme y mirada inquisitiva. Su rostro, de facciones serenas pero decididas, reflejaba una vida dedicada a buscar la verdad incluso cuando duele. Llevaba el pelo castaño recogido con descuido, como si nunca tuviera tiempo para detenerse, y sus ojos, de un marrón profundo, siempre estaban escudriñando entre líneas, entre silencios, entre lo que no se dice.

Tenía una forma particular de andar, como si caminara hacia algo urgente aunque no lo supiera aún. Vestía con sencillez, cómoda, con vaqueros, botines gastados y una mochila en la que guardaba su cuaderno de notas, una grabadora pequeña y alguna crema de manos. No le interesaban las apariencias. Solo los hechos.

Se crio en Triana, en una casa llena de libros heredados de su abuelo, quien le inculcó la pasión por las historias escondidas en los márgenes de la historia oficial. Estudió Periodismo por convicción, no por moda. Se curtió escribiendo crónicas locales, pero su instinto la llevó pronto a meterse donde nadie quería mirar, redes de corrupción, tráfico de influencias, trata de personas... Marta no se limitaba

a investigar los hechos, se involucraba con cada historia hasta hacerla parte de sí misma. Lo que otros dejarían atrás como un simple dato, a ella le despertaba preguntas, la sacudía, la conmovía. Porque para Marta, el periodismo no era solo una profesión, era una forma de vivir intensamente la verdad, de sentirla en la piel y en el alma.

Su mayor virtud era también su mayor riesgo, no sabía cuándo parar. Cuando algo no encajaba, lo perseguía hasta el final. En el periódico la llamaban «la del instinto incómodo». Siempre olía las historias antes de que tomaran forma.

No tenía pareja estable ni parecía interesada en tenerla. Las relaciones, en su experiencia, solo traían complicaciones. Prefería usar el sarcasmo como escudo, manteniendo a los demás a una distancia segura, mientras escondía bajo su fachada una vulnerabilidad que rara vez dejaba ver.

Capítulo 4

La amenaza

Viendo la creciente aceptación de sus artículos históricos, especialmente los relacionados con la figura de Pedro I, Marta decidió seguir profundizando e investigando sobre este tema. Una noche, ya de madrugada, mientras revisaba unos correos en la redacción, el móvil vibró con un mensaje entrante. No tenía remitente, ni contacto, ni firma.

Solo una línea:

«Abandona la investigación y las publicaciones o lo lamentaréis».

El corazón se le aceleró. Releyó el mensaje varias veces. No era una broma. No lo parecía. Era frío, directo. Y usaba el plural: «lo lamentaréis». ¿Quién más estaba en peligro?

Al instante pensó en contarla a Alfonso Sotillo, su amigo de siempre. Un apasionado del deporte, del riesgo y, en los últimos años, de todo lo relacionado con la inteligencia artificial. Aunque de aspecto despreocupado, Alfonso tenía una mente brillante y recursos tecnológicos al alcance de pocos.

Lo llamó sin dudar.

—¿Te puedo ver ya? —preguntó sin explicar nada.

—¿Pasa algo? —dijo Alfonso con tono serio.

—Te lo cuento cuando llegue.

En su piso del barrio de Triana, Alfonso ya tenía abierto

su portátil, varias pantallas y un refresco en la mano. Marta le mostró el mensaje. Él lo leyó para sí, luego tecleó durante varios minutos.

—Vamos a rastrear esto.

Con herramientas que combinaban análisis de metadatos, conexiones de redes móviles, triangulación de señal y otras herramientas de ciberseguimiento, Alfonso fue aconditando la procedencia del mensaje. Horas después, una pequeña luz verde parpadeó en la pantalla.

—Localización confirmada —dijo girando el monitor hacia ella.

Una librería de libros antiguos en el centro de Sevilla. Un negocio pequeño, de fachada sobria, apenas sin presencia digital.

—El teléfono que envió el mensaje lleva allí varias horas sin moverse. Posiblemente es un lugar fijo... —concluyó Alfonso.

—¿Y quién lo regenta?

—Un tal Rafael Quesada, según registros de actividades comerciales. Sesenta y pico años. Sin antecedentes.

Marta entrecerró los ojos.

—Vamos a hacerle una visita. Pero primero quiero observarlo.

Y sin saberlo, acababan de poner un pie en un mundo que había permanecido en la sombra durante siglos.

Desde la terraza de un pequeño bar en la calle Alemanes, frente a la ventana de los Sacramentos de la Catedral de Sevilla, Marta apuraba su café mientras Alfonso revisaba por enésima vez su reloj. La librería frente a ellos —una estrecha fachada encajada entre dos edificios antiguos— parecía dormir bajo la pátina del tiempo. Las letras descoloridas del cartel apenas permitían leer: «Libros Antiguos Baelo».

—Ahí está —dijo Alfonso, señalando con la cabeza.

Rafael salió del local con paso pausado. Vestía siempre igual, abrigo largo, sombrero, bufanda oscura, y una cartera de cuero envejecido bajo el brazo. No saludó a nadie. Cerró con llave y caminó calle abajo sin mirar atrás.

Marta y Alfonso lo siguieron a distancia prudente, girando cuando él giraba, deteniéndose cuando él lo hacía. El primer día, el recorrido fue simple, de la librería a un edificio de viviendas en los alrededores de la Puerta Osario, lo que parecía ser su casa. Durante tres días repitieron esa misma rutina. Casi parecía un hombre invisible, sin contactos, sin visitas.

Pero, al cuarto día, todo cambió.

Rafael cerró la librería como siempre y, en lugar de ir hacia su casa, caminó hacia el corazón del casco histórico. Marta y Alfonso se miraron, sorprendidos, y lo siguieron entre el gentío de turistas que poblaba las estrechas calles adoquinadas.

Fue entonces cuando lo vieron entrar en el Palacio Arzobispal.

—¿Lo has visto? —preguntó Alfonso, con los ojos clavados en el gran portón de madera labrada.

—Sí... ¿Qué tiene que hacer un librero allí?

Esperaron fuera, entre la sombra de los naranjos, y veinte minutos más tarde, Rafael salió. Esta vez no caminaba con parsimonia, miraba nervioso a su alrededor, como si temiera ser seguido, y en una de sus manos llevaba algunos libros y lo que parecían documentos atados con una cuerda.

—Ahora sí que se ha puesto interesante —comentó Marta, echando a andar tras él.

Lo siguieron hasta el Archivo de Indias, justo al otro lado de la plaza.

Allí, gracias a un ventanal casi cerrado en la planta baja, pudieron observar lo inesperado: Rafael se reunía con un sacerdote.

El encuentro no parecía amistoso.

—¿Ves eso? No es una charla de café —dijo Alfonso, usando el *zoom* de su móvil para grabar la escena.

El sacerdote hablaba gesticulando con fuerza, señalando los papeles que Rafael sostenía. La expresión del librero era de sumisión, casi de temor. Apenas levantaba la mirada, asintiendo con breves movimientos. Por momentos parecía que iba a hablar, pero el cura lo interrumpía una y otra vez. Marta, fascinada, no podía apartar los ojos del cristal.

—¿Qué habrá en esos papeles? —se preguntó en voz baja.

Finalmente, ambos hombres salieron por la puerta lateral del archivo. Se detuvieron un instante en la acera y, sin más, subieron a un coche oficial con placas institucionales. Las lunas tintadas ocultaron sus rostros al momento de arrancar.

—Un coche oficial, un sacerdote, documentos antiguos, discusión... y la amenaza —repitió Alfonso, perplejo.

—Esto ya no es solo una investigación histórica sobre Pedro I. Hay algo más. ¿Qué serán esos documentos que lleva el librero? —dijo la joven periodista cruzando los brazos.

Marta miró hacia la Giralda, que se alzaba a pocos metros, majestuosa e imperturbable. Su silueta recortada contra el cielo parecía observarlo todo desde hacía siglos, como un testigo mudo de secretos jamás revelados. El ruido de los turistas quedaba atrás, lejano, como si perteneciera a otro mundo. En ese instante, el tiempo parecía detenerse.

Sintió una ráfaga de aire que no venía de la calle, sino de algo más hondo. Algo parecía moverse en los cimientos de Sevilla, algo antiguo y seguramente poderoso, como si la ciudad estuviera despertando de un sueño de piedra. Era un temblor invisible, no físico, pero sí real. Un presentimiento.

No entendía del todo cómo había llegado hasta ahí ni por qué precisamente ella, pero lo intuía, formaba parte de algo más grande, algo tejido hace siglos, entre pactos, traiciones y secretos. Estaba dentro. Dentro del enigma. Dentro

de la historia. Dentro del peligro.

Y justo en ese momento, una campana empezó a sonar desde lo alto de la torre. Grave, metálica, antigua. Como si quisiera anunciarle que ya no había marcha atrás.

—Vamos a averiguar qué une a ese librero, a ese sacerdote... y a los documentos que esconden, o por qué me amenazan —susurró Marta.

Y la sombra de una verdad enterrada comenzó a alzarse.